

¿QUÉ ESTRATEGIA FALLÓ EN IRAK?

José María GODÍN PORTO



...Y ya, cuando no saben qué hacer, hacen lo que saben.

(Mariscal Saxon).

Introducción



AN pasado largos meses desde la victoria americana sobre las fuerzas militares de Irak. Tras unos comienzos en que los vencedores creían encontrarse ante los últimos coletazos de la previsible resistencia de grupos afines al ex presidente Sadam y de proyección de las actividades de los muyaidines de Al Qaeda, la situación ha seguido degenerando hasta la *afganización* del teatro: o sea, la aparición de nuevos e inesperados protagonistas en forma de

señores de la guerra en cada territorio o ciudad, que se mezclan con el complicado entramado terrorista. Principalmente líderes religiosos suníes o chífes, que han decidido formar sus propias milicias con que lograr posiciones de fuerza para una futura negociación con el gobierno interino, cara a la titularidad de alguna hipotética alcaldía o autonomía. La situación se encona tanto en el triángulo suní como en los feudos chífes del sur, que anhelan la posibilidad de lograr control de zonas petrolíferas y oleoductos. Circunstancias que si bien eran esperables para algunos analistas occidentales poco proclives a la acción militar directa, no son, para nada, las que debieron haber previsto las cúpulas estratégica y operacional americanas. ¿Qué pudo fallar en el plan estratégico de campaña?

Una estrategia nacional de partida

Comencemos por analizar el tipo de campaña desde la perspectiva de la estrategia clásica, dado que las contemporáneas se están revelando todas precipitadas y no soportan en vigor más que el plazo entre conflicto y conflic-



(Foto: RED. Pepe Díaz).

to. Esto no deja de ser una constante histórica: todos los grandes estrategas reconocidos (Clausewitz, Collins, Beaufre, Liddle Hart, Mao, Aaron) han escrito sus tratados *a posteriori*, tras analizar el resultado de las operaciones precedentes y, fundamentalmente, el *modus operandi* de los grandes líderes militares.

La estrategia necesaria en Irak, una vez decidida la intervención militar, y siempre desde el punto de vista de la estrategia clásica, era del tipo de la que Beaufre definió como de «estrategia indirecta» (que no una «aproximación indirecta» de Liddle Hart y que quizá hubiese sido el procedimiento estratégicamente más adecuado de resolver la cuestión de Irak mediante la presión decidida en los campos político, económico y militar de baja intensidad, hasta socavar el respaldo popular al régimen y forzar su paulatina caída espontánea, o su disposición a una salida negociada desde posiciones de debilidad).

Una estrategia indirecta se compone fundamentalmente de dos líneas de acción que han de ser planeadas, coordinadas y controladas convenientemente en tiempo y lugar según el devenir de los acontecimientos:

- Una Maniobra Exterior (política) consistente en las acciones previas necesarias, cara a la comunidad internacional, para lograr la libertad de acción necesaria en un conflicto bélico.
- Una Maniobra Interior (bélica) que podemos resumir en la campaña militar propiamente dicha, tendente a la victoria sobre las fuerzas armadas del enemigo.

Aún así, en los tiempos que corren, me atrevería a añadir un componente adicional a las maniobras exterior e interior, y que podríamos definir como:

- Una Maniobra Interna (psicológica) con doble objetivo: 1) Acciones psicológicas, económicas y políticas necesarias para buscar alianzas representativas en territorio enemigo (parecido a lo que pudo hacer Hitler con el apoyo a los partidos nazis y etnias germanas en países como Austria o Noruega), y 2) Lograr el suficiente consenso político nacional que permita al gobierno actuar sin tener a los partidos de la oposición listos para sacar ventaja electoral ante cada revés sufrido.

Ocupación, represión y odio

A nadie le gustan los misioneros armados (Robespierre).

Antes de realizar un análisis más pormenorizado de las tres maniobras, conviene reflexionar someramente sobre lo que una ocupación representa y Occidente parece haber olvidado. No hay ocupación extranjera efectiva sin represión sobre la población, aunque suene mal decirlo. Pero la práctica sistemática de la represión no es hoy en día un procedimiento admisible para las sociedades occidentales. La guerra quirúrgica, pese a sus daños colaterales, puede, con frecuencia, no someter la moral de la población civil por cuanto pretende desde el principio mantenerla al margen. Ya no son pensables los bombardeos de Berlín, Tokio, Hiroshima o Nagasaki. Pero el sometimiento de la voluntad de un pueblo, como nos decía Clausewitz, es condición necesaria para lograr la capitulación moral; y si el enemigo no capitula, seguirá siendo el enemigo.

Otro componente de la guerra que Occidente ha dejado —afortunadamente— en el tintero es el odio al enemigo. El odio es necesario para ir a la guerra ofensiva —y la preventiva no deja de serlo aunque se vista de defensiva anticipada—; es el combustible del soldado y el alimento espiritual de la sociedad civil que le respalda para que se sienta preparada para soportar penalidades. Pero cuando la sociedad civil no odia, se produce una brecha emocional entre ella y sus soldados, que degenera en falta de sintonía. Aquel que está en el campo de batalla puede desarrollar ese odio hacia el enemigo que le dispara y mata a sus compañeros; pero si la sociedad civil no comparte el sentimiento, no siente la amenaza y ve el conflicto como algo lejano y extraño, su ánimo se enfriará con el tiempo y se producirá un desencuentro progresivo entre los que hacen la guerra —militares y gobierno— y los que la financian con sus impuestos y la sufren en forma de noticias desagradables en sus telediarios y estremecimientos en el mercado de valores. El terrorismo y la resistencia conocen esta debilidad occidental y sabe explotarla mediante la acción lenta pero continua de baja intensidad.

Todas las últimas ocupaciones que hemos visto en la Historia se han basado en la represión. Alemania invadió media Europa y la mantuvo varios años

bajo su bota. Sufrió la acción de la resistencia, pero nunca en una intensidad comparable a lo que está ocurriendo en Irak. Podríamos poner decenas de ejemplos más, como los casos de Napoleón en España, la extinta Unión Soviética en tantos otros países o la situación de Israel en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania. Como reza la cita de Robespierre, casi nadie puede esperar invadir militarmente un país y ser recibido como el salvador por parte de su población; máxime si se derriban todos los símbolos de autoridad y organización previos y se viene desde otra cultura considerada imperialista. La sociedad occidental, por forma de pensar, sensibilidad ante la violencia y respeto a la legalidad y los derechos humanos, puede ser pionera en la guerra inteligente y con mínimo daño a las personas, pero ni produce buenas fuerzas de ocupación ni odia a otros pueblos como para mantener un esfuerzo perseverante ante las dificultades; y esto es algo que hay que tener en cuenta desde el principio de un planeamiento.

La Maniobra Exterior (política internacional preparatoria)

Consiste en el conjunto de contactos, presiones político-económicas e incluso veladas amenazas previas destinadas a lograr la libertad de acción; o sea, que los pesos pesados de la comunidad internacional apoyen, o al menos consentan, la previsible intervención armada. Permite también tantear la actitud de los posibles aliados del país víctima y previene que el país propio sufra presiones políticas posteriores que pueden llegar a ser asfixiantes. Podemos inferir el listado de los más influyentes cara al conflicto que nos ocupa:

- A nivel supranacional: la ONU, y muy especialmente su Consejo de Seguridad, la Unión Europea, la OTAN y, cara al mundo árabe, la Liga Árabe o la Organización de la Conferencia Islámica.
- A nivel de países individuales: Rusia, Francia, Alemania, China y Reino Unido.
- A nivel cultural y fronterizo: Turquía, Irán, Siria y Arabia Saudí.
- A nivel global: los medios de comunicación social.

Pero pese a los dedicados esfuerzos de Colin Powell frente al Consejo de Seguridad de la ONU, los socios de la OTAN y las entrevistas con multitud de líderes mundiales, los EE. UU. poco estaban avanzando en el plano político. Mientras, con cierta falta de tacto, habían iniciado el transporte de personal y material bélico a la zona, descubriendo sus verdaderas intenciones sobre decisiones ya tomadas. Los grandes no quisieron entrar a una negociación que se revelaba a todas luces *cosmética* y en la que no se les dejaba margen de maniobra alguno en el que desplegar sus propias influencias y satisfacer a sus respectivas audiencias. A la comunidad internacional no le apetecía verse

envuelta en una guerra en una zona endiabladamente complicada, para enfrentarse preventivamente a una amenaza inconcreta que nadie sentía en sus casas, con previsibles implicaciones en los precios del crudo y peligrosamente cerca de la bomba palestino-israelí. Tampoco supieron sopesar la oposición frontal de sectores tan variados como el mundo musulmán en bloque, la autoridad de la iglesia católica, grupos antiglobalización, verdes, diversas ONGs, así como sectores muy significativos tanto de la izquierda como de la derecha liberal europea, que constreñían la libertad de acción de posibles gobiernos proclives a apoyar la invasión.

La gestión de los medios de comunicación social tampoco fue afortunada, en buena parte como resultado del escaso éxito obtenido sobre los actores principales de la escena internacional. La existencia de dos cadenas de televisión por satélite árabe de noticias —Al Arabiya y Al Jaliya— al estilo CNN, frecuentemente plataforma de salida de los mensajes de los terroristas, tampoco les favoreció en el control de la información. Y en otro aspecto hay que señalar el excesivo énfasis causal que se puso en la existencia de las armas de destrucción masiva, esas que luego se resistieron a aparecer y que difuminaron la causa fundamental en que pretendían basar la legalidad del ataque. Poco hincapié pusieron los legados americanos en enfocar sus comparencias en temas de derechos humanos, resoluciones de las Naciones Unidas violadas, abusos y represión sobre las comunidades kurda y chií o los derechos de la mujer; poco demostraron los supuestos vínculos de Sadam con Al Qaeda. Las noticias sobre Irak han sido después una continua procesión de muertos y atentados, frecuentemente incluyendo imágenes de civiles y niños que invitan al fatalismo, la sensación internacional es que todo va a peor. Las buenas noticias brillan por su ausencia (reconstrucción de infraestructuras, hospitales, colegios, etc.), y éste es otro grave fallo político de la contrapropaganda. El colmo del desastre fue la aparición de casos de torturas en las prisiones militares americanas; la proliferación de las cámaras digitales y el acceso de la tropa a Internet es una política que los americanos deberán revisar en sus futuras campañas. Pero su aparición debería de haber sido prevista y prevenida. Ya sucedió en Vietnam, y podrá ocurrir siempre que a un soldado que ha visto caer a sus amigos y compañeros se le de la potestad o se le ponga en la situación adecuada para perpetrarlas.

Pronto quedó de manifiesto el fallo total en todos los ámbitos del espectro internacional:

- Ante las organizaciones supranacionales (ONU, OTAN y UE), al no lograr una posición de consenso por parte de ninguna de ellas.
- La maniobra ante los países más importantes también falló: ni Rusia, ni China, ni Francia, ni Alemania apoyaron la invasión; es más, la criticaron fervientemente.
- Por el frente cultural tampoco hubo mucho éxito: Turquía, socialmente

muy implicada en su triple condición de vecino geográfico, religioso y racial en el siempre espinoso aspecto kurdo, renunció a ser utilizada como base para la operación del norte, pese a las suculentas prebendas económicas que se le ofrecieron. Irán siempre se opondría por sistema a cualquier acción iniciada por el imperialista americano, y su devoción por apoyar al chiísmo, allá donde se encuentre, hacía previsible su intervención en la sombra. Arabia Saudí miró para otro lado y negó el empleo de las bases que había autorizado en el pasado. La actuación insidiosa de Siria era previsible, al ser un país donde el partido Baaz también se encuentra en el poder.

— Sobre los medios de comunicación, poco queda que añadir.

Estados Unidos sí que consiguió el apoyo de muchos países importantes (Italia, España, Holanda, Japón, Corea del Sur, Ucrania, Polonia, Portugal, etc.) hasta un total de quizá unos cincuenta, lo cual no está nada mal; pero entre ellos, a parte del Reino Unido, pocos pesos pesados. Aliados poco comprometidos, ya que el total de la sangre militar en combate la tuvieron que poner los anglosajones. Pese a todo, la cúpula estratégica había previsto un calendario de actuaciones y lo estaba cumpliendo. Pero con un fallo fundamental: se seguía adelante aunque los objetivos intermedios no se fuesen logrando. Nadie paró a replantearse la estrategia prevista a la vista del devenir de los acontecimientos y la falta de apoyos. Esto se llama controlar (comprobar que no hay desvíos entre lo planeado y la realidad) y, aparentemente, la cúpula optó por seguir impertérrita con el plan y su calendario.

La Maniobra Interior (conflicto militar)

- Así, sin reconsiderar sus planes tras el fracaso en desarrollar la parte de la responsabilidad que les tocaba en la Maniobra Exterior, el componente estratégico (gobierno) dio la orden de entrada al segundo protagonista: el Ejército. En este caso no hubo problemas; donde los políticos habían fallado, los militares cumplieron la parte del trabajo que les correspondía con rapidez y eficacia.

Pero finalizada la batalla, una extraña atmósfera de desconcierto se extendió por Irak. Recordemos las imágenes de saqueos ante la mirada atónita de los militares americanos que no sabían qué hacer ante situaciones de desorden público de índole civil: aquí se empezó a perder la posguerra. Ciudades como Nayad o Faluya pasaron en pocos meses de conquistadas militarmente a ocupadas por la milicia ante el vacío de poder observado. Todos, finalizado el combate, incluidos los soldados americanos, parecieron quedar sumidos en un sueño anonadado... *¿y ahora qué?* Nadie puede saber a estas alturas si el gobierno interino —con la *ayuda de* los Estados Unidos— logrará conducir el

proceso iraquí a buen puerto; pero la situación no pinta bien. Ni tan siquiera hay una correcta sintonía política entre los Estados Unidos y el gobierno interino; los primeros apoyan la democracia liberal, los segundos acabarán intentando implantar un gobierno de corte teocrático más o menos basado en la Sharia, poco aceptable por los primeros.

Al hablar de la gestión de la posguerra, nuevamente la cortedad de vista del componente estratégico nacional puso a su ejército en una posición de altísimo riesgo: intentar utilizarlo como fuerza pseudo policial de ocupación. Tarea para la que los militares ni están armados ni convenientemente preparados; en un país asolado donde no hablan la lengua del pueblo, no tienen bases de datos fiables de personal y no pueden distinguir entre amigos, enemigos, terroristas, delincuentes o neutrales. Los ejércitos pueden ganar guerras y manejar un país bajo leyes marciales —o sea, con represión de las libertades— pero no emular, bajo ningún concepto, la actuación de una policía en un entorno que pretenda restablecer las libertades públicas.

Y es que, quizá el mayor error estratégico de la campaña, en lo tocante a la conducción de la Maniobra Interior, fue el de eliminar sistemáticamente todo vestigio de autoridad; esto es algo que nadie se habría atrevido a hacer si no fuese para arrasar totalmente al enemigo. Era vital el haber enfocado la campaña contra el partido Baas en el poder y no contra Irak como país, con amplias operaciones psicológicas precursoras destinadas a la población iraquí no alineada. Ni Napoleón destituyó en España a alcaldes y autoridades civiles —sólo puso por encima sus propias cúpulas, pero conservando escalones bajo y medio de autoridad—. Ni los nazis lo hicieron en la Europa ocupada, donde conservaron ejércitos debilitados, policías y burocracias manejadas por *colaboracionistas*. Ni los propios americanos lo hicieron en Japón, donde conservaron en el poder al emperador —el mismo que un día había aprobado el ataque a Pearl Harbor— habida cuenta de su enorme influencia en el pueblo. Encontrarse de repente con veinte millones de iraquíes, cuya voluntad no había sido previamente quebrada como se hacía en las guerras de antaño; sin ejército, sin policía, sin burocracia estatal, sin bases de datos policiales, expulsados en multitud al paro, sin agua ni luz en muchas zonas... sólo podía conducir a una cosa: al caos. Nunca se debió desarticular totalmente el estado



y sus burocracias baja y media, la base de su policía y funcionariado, quizá incluso partes determinadas de las fuerzas armadas debieron de haber sido mantenidas en sus puestos una vez purgadas (dicho sea en el buen sentido de la palabra) de elementos del partido Baaz y su maquinaria represora. También hay que reconocer que en algún caso aislado se emplearon ciertos contingentes de antiguos soldados del régimen anterior que frecuentemente, dado el descontrol, optaron por desertar con el armamento y material proporcionado para pasarse a las milicias.

Lo anterior puede poner de manifiesto una simple falta de sintonía entre la las cúpulas miliar y civil, realizando planeamientos supuestamente concurrentes pero realmente separados. Hoy en día la guerra se hace contra un país entero, compuesto por gobierno, pueblo y ejército; cada uno de estos elementos ha de ser tenido en cuenta con esfuerzos específicamente dedicados a encontrar los respectivos centros de gravedad. Si uno se limita a aplastar a sus fuerzas militares, puede que esté ganando la guerra, pero no consiguiendo la paz; Clausewitz y sus más devotos seguidores van mostrando sus limitaciones según las sociedades se van haciendo sociológicamente más complejas.

La Maniobra Interna (búsqueda de alianzas en casa y en el teatro)

«La guerra equivocada, en el momento equivocado y en el lugar equivocado». Así la calificó el candidato demócrata a la presidencia John Kerry quien también propuso un punto de no retorno a la presencia de tropas americanas en Irak cifrado en cuatro años (¿la duración de su mandato si hubiese ganado las elecciones de noviembre?). Se trató probablemente de una calculada ambigüedad dentro de una atmósfera en que no cabría la retirada, un esfuerzo por distanciarse de la política Bush, al menos en sutiles matices diferenciales.

Pero si la Maniobra Interna en casa puede considerarse cuanto menos satisfactoria, cuando nos la planteamos en el teatro de operaciones volvemos a entrever visos de fracaso. Cuatro eran, al menos, los grupos jugadores principales sobre el tablero de Irak: kurdos, baazistas, suníes y chífes, y sólo se logró por razones evidentes la alianza total del primero. No parece claro que los Estados Unidos triunfasen en la búsqueda de alianzas previas —quintas columnas— dentro de los clérigos más renombrados de las comunidades religiosas, ni cuanto menos entre las ciudades más importantes (Bagdad, Faluya, Nayad, Tikrit, Karbala, etc.). Consiguieron, eso sí, un buen número de iraquíes importantes; disidentes políticos y exiliados, voluntarios a participar en el proceso de reconstrucción y transición política. Pero quedaron muchos caudillos potenciales en el tintero, muchos imanes; despreciaron a los auténticos hombres de referencia para el pueblo, como famoso Muqtada al Sadr, capaces de organizar milicias y desestabilizar el precario sistema para convertirse en señores de la guerra. Esto hubiese requerido de contactos previos; después,

mayor conocimiento de quién es quién en el terreno y algo menos de inteligencia de sistema de mando y control y *briefing* en *power point*, incluyendo negociaciones y compromisos de reparto de poder y autonomía con los cabecillas locales en las ciudades más importantes. Quizá se hubiese necesitado de la participación de países o personalidades de prestigio e influencia como mediadores del proceso (¿Arabia con los suníes?). Por otro lado, y dada la ácida política habitual de los Estados Unidos con Irán y Siria, a los que gustan de tildar de componentes del «eje del mal», quedaba poco margen para un entendimiento con la comunidad chií y el componente suní del partido Baaz. Una influencia positivista sobre Irán y Siria debió de haber comenzado mucho antes de la invasión militar.

Esta parte del mundo parece caracterizarse por la dislocación allá donde falte una autoridad formal o reconocida, quizá fruto de una historia cuajada de tribus desperdigadas por territorios no correspondientes a sus fronteras formales y las luchas por el poder y la influencia, que caen en el nacionalismo tribal, religioso y étnico. Casos como el de Afganistán son representativos, donde las distintas comunidades (uzbecos, tayikos, pasthunes, talibanes y persas chiíes) se han aglutinado bajo sus *reinos* de taifas, materializados éstos en la protección que les brindan sus propios señores de la guerra autóctonos y al margen del gobierno formal. Irak corre el serio riesgo de disociarse en nuevas taifas, donde Irán juegue sus peones con los chiíes, Arabia —o más bien lo wahabistas árabes— hagan lo propio con los suníes, Siria continúe alimentando a los restos del partido Baaz y los kurdos queden marginados al norte, con el siempre durmiente riesgo de que intenten buscar alianzas soterradas con los kurdos turcos y exportarnos el problema a la frontera oriental de la OTAN y, quizá en unos años, de la UE.

Conclusiones

Es imposible predecir el futuro de Irak en los próximos meses o años. Representó unos riesgos conocidos en el pasado, pero vuelve a presentar otros de cara al futuro que su gobierno interino y el delegado de los Estados Unidos deberá afrontar con paciencia y prudencia.

Lo que queda claro es que se cometieron fallos importantes a la luz de la estrategia clásica que debieron de haber llevado a la cúpula estratégica americana a replantearse planes, fechas, ritmos y apoyos. La prisa fue mala consejera y la Maniobra Exterior fracasó; aún así se siguió adelante. La Maniobra Interior militar fue brillante, pero la posguerra volvió a representar un fallo de previsión estratégica de gran magnitud. La Maniobra Interna en el teatro de operaciones no se ha revelado eficaz y los intentos de buscar alianzas previas no dieron suficientes frutos en el terreno por no saber detectar a los incipientes señores de la guerra. No se han sabido cerrar las fronteras de los países que

apoyan insidiosamente la resistencia, el contrabando de armas y el terrorismo (se inician en septiembre de 2004 las conversaciones con Siria y con la OTAN para su posible auxilio en el control de fronteras, un año y medio después del fin de las operaciones militares. A Irán se le sigue marginando empecinadamente por su posible programa nuclear). Al menos se debieron bloquear las ciudades para conservarlas como santuarios, identificar a sus cabecillas y negociar con ellos su participación en los órganos de poder interinos.

Los ejércitos han vuelto a estancarse contra las milicias al ser hechos punta de lanza en lo que debería haberse manejado tras la victoria como un conflicto interno fundamentalmente policial, con tintes religiosos, nacionalistas, terroristas, de pura delincuencia y de pugna por el poder. El ejército puede bloquear ciudades, proteger infraestructuras, negar el uso de fronteras y atacar objetivos puntuales señalados por la inteligencia civil; pero no sabe investigar delitos o actuar como antidisturbios. Ni debe combatir casa por casa, aún encima procurando no producir daños colaterales; no es rentable para capturar a unos pocos desarraigados con un AK-47 y ser después blanco despiadado de la opinión pública internacional. Los barrios rebeldes deben aislarse, bloquearse para que no puedan extender la rebelión; sacar fuera al máximo posible de inocentes, mujeres y niños; cortarles agua, luz y comunicaciones y esperar a que caigan solos, sin prisas y sin ir a su terreno. Un poco menos de Clausewitz y un poco más de paciencia de Sun Tzu y de Julio César, aficionado a cercar ciudades y dejarlas caer ellas solas por falta de aprovisionamiento. Esperemos que los Estados Unidos no acaben como en Vietnam, o como Francia en Argelia o Inglaterra en Palestina, teniendo que salir a carreras y dejando atrás sangrientos conflictos que, algunos de ellos, permanecen vivos décadas después.

